

LA JOVEN DEL ACANTILADO

LUCINDA RILEY

LA JOVEN
DEL ACANTILADO

Traducción de
Laura Rins Calahorra

PLAZA  JANÉS

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, lo que garantiza una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los bosques primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Título original: *The Girl on the Cliff*

Primera edición: marzo, 2013

© 2011, Lucinda Riley

Publicado originalmente en inglés por Penguin Books Ltd.
en Gran Bretaña

© 2013, Random House Mondadori, S. A.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2013, Laura Rins Calahorra, por la traducción

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-01-35367-3

Depósito legal: B. 1.046-2013

Compuesto en Reverttext, S. L.

Impreso en Unigraf
Móstoles (Madrid)

L 3 5 3 6 7 3

Para Stephen

Así seguimos luchando, barcos contra corriente,
arrastrados sin cesar hacia el pasado.

F. SCOTT FITZGERALD,
El gran Gatsby

Aurora

Y o soy yo.

Y voy a contarte una historia.

Las palabras que acabas de leer son las más difíciles para cualquier escritor, o por lo menos eso es lo que tengo entendido.

Dicho de otra manera: el comienzo de la obra. Para el comienzo de la mía, he plagiado el primer intento de escribir un texto de mi hermano menor, cuya frase inicial siempre me ha impactado por su simplicidad.

O sea que ya he empezado.

Debo advertirte que no soy una escritora profesional. De hecho, no recuerdo cuándo fue la última vez que escribí algo. Lo mío siempre había sido el lenguaje corporal, pero como ya no puedo moverme, he decidido expresarme con la mente.

No escribo esto con la intención de presentarlo para que se publique, sino por un motivo que está mucho más relacionado con el egoísmo. Me encuentro en esa etapa de la vida que todo el mundo teme: la de tener que llenar mis días con el pasado porque me queda poco futuro.

Por lo menos así tengo algo que hacer.

Y creo que mi historia, una historia que también es la de mi familia y que se remonta a casi cien años antes de que yo naciera, resulta interesante.

Ya sé que todo el mundo piensa eso de su propia historia. Y es cierto; todo ser humano tiene una existencia fascinante, con un gran reparto que incluye personajes buenos y malos.

Y casi siempre, en algún momento, entra en juego la magia.

Me pusieron el nombre de la princesa de un famoso cuento de hadas. Tal vez por ese motivo siempre he creído en la magia. Y al hacerme mayor me he dado cuenta de que los cuentos de hadas son una alegoría de la gran danza de la vida que todos representamos desde el mismo instante que nacemos.

Y de la que no podemos escapar hasta el día que morimos.

Bueno, querido lector (me dirijo a ti de ese modo porque si estás leyendo esto quiere decir que se ha publicado), deja que te cuente mi historia.

Puesto que muchos de los personajes murieron antes de que yo naciera, haré todo lo posible por usar bien la imaginación para resucitarlos.

Mientras permanezco aquí sentada, meditando sobre la historia que voy a contarte y que ha llegado hasta mí a lo largo de dos generaciones, me doy cuenta de que hay un tema recurrente. Ese tema, por supuesto, es el amor y las elecciones que todos hacemos por su causa.

Puede que pienses de inmediato que me refiero al amor entre un hombre y una mujer, y en gran parte es así, sin duda. Pero existen otras formas de amor importantísimas que tienen la misma fuerza; por ejemplo, el que un padre o una madre siente por un hijo. Y también hay un amor obsesivo y destructivo, un amor que causa estragos.

El otro tema recurrente de esta historia es el té, que se toma en grandes cantidades. Pero bueno, ahora ya estoy divagando. Disculpame, es lo que suele ocurrir cuando uno se hace viejo. Mejor continúo.

Te guiaré a lo largo de la narración e iré haciendo incisos cuando lo crea necesario para explicar algo con más detalle, pues la historia es compleja.

Creo que, para complicar un poco más las cosas, empezaré más bien hacia el final, cuando era una niña de ocho años huérfana de madre y me encontraba en la cima de un acantilado situado sobre la bahía de Dunworley, mi lugar favorito del mundo.

Érase una vez...

1

Bahía de Dunworley, West Cork, Irlanda

La pequeña figura se encontraba peligrosamente cerca del borde del acantilado. Su hermoso y abundante cabello pelirrojo ondeaba tras ella impulsado por el fuerte viento. Una prenda de fino algodón blanco la cubría hasta los tobillos y dejaba al descubierto sus pequeños pies descalzos. Tenía los brazos extendidos y rígidos, con las palmas de las manos dirigidas hacia la masa espumante del mar de color gris que se extendía ante ella, y el pálido rostro mirando al cielo, como si estuviera ofreciéndose en sacrificio a los elementos de la naturaleza.

Grania Ryan se detuvo y la observó, hipnotizada por la visión espectral. Tenía los sentidos demasiado embotados para dilucidar si lo que veía ante sí era real o imaginario. Cerró los ojos durante una fracción de segundo; luego volvió a abrirlos y vio que la figura seguía allí. Tras enviar los mensajes apropiados a su cerebro, avanzó indecisa unos cuantos pasos.

Al aproximarse, descubrió que la figura era simplemente una niña y que la prenda de algodón blanco era un camisón. Observó las negras nubes de tormenta que se cernían sobre el mar y notó en las mejillas las primeras gotitas saladas que anunciaban una lluvia inminente. La fragilidad de aquel pequeño ser ante la violencia de su entorno hizo que apresurara el paso hacia la niña.

Ahora el viento le azotaba los oídos y había empezado a expresar su furia. Grania se detuvo a diez metros de la niña, que seguía sin moverse. Vio que, con los pequeños dedos de los pies de color morado, se aferraba estoicamente a la roca mientras el vendaval procedente del mar la golpeaba y zarandeaba su cuerpo me-

nudo como si fuera un joven sauce. Se acercó más a la niña y se detuvo justo detrás de ella, sin saber qué hacer a continuación. Su primer impulso fue echar a correr y sujetarla, pero si la niña se sobresaltaba y daba media vuelta, un paso en falso podía provocar una tragedia inimaginable y arrastrar a la niña a una muerte segura contra las rocas cubiertas de espuma treinta metros más abajo.

Grania se quedó allí plantada, inmovilizada por el pánico mientras trataba desesperadamente de idear la mejor forma de librarla del peligro. Y entonces, antes de que tuviera tiempo de tomar ninguna decisión, la niña se dio la vuelta despacio y se la quedó mirando con expresión vacía.

En un acto reflejo, Grania extendió los brazos.

—No te haré daño, te lo prometo. Acércate a mí y estarás a salvo.

La niña siguió mirándola sin moverse del borde del acantilado.

—Si me dices dónde vives, te acompañaré a casa. Ahí te vas a matar. Por favor, deja que te ayude —suplicó Grania.

Dio otro paso adelante y de repente, como si acabara de despertar de un sueño, en el rostro de la niña apareció una expresión de terror. Al cabo de un instante, se volvió hacia ella y echó a correr por el borde del acantilado, alejándose de Grania hasta desaparecer de su vista.

—Ya estaba a punto de enviar a la patrulla de rescate a buscarte. Se avecina una tempestad de las buenas, te lo digo yo.

—Mamá, tengo treinta y un años y llevo diez viviendo en Manhattan —repuso Grania con brusquedad tras entrar en la cocina y colgar la chaqueta mojada encima de los fogones de la Rayburn—. No hace falta que te preocupes por mí. Ya soy mayorcita, ¿recuerdas? —Se acercó sonriendo a su madre, que estaba poniendo la mesa para cenar, y la besó en la mejilla—. De verdad que no hace falta.

—Es posible, pero sé de auténticos hombretones que se han caído del acantilado por culpa de un vendaval así. —Kathleen Ryan señaló por la ventana de la cocina el furor del viento, que estampaba contra el cristal las ramas marrones desprovistas de flor de la glicinia—. Acabo de hacer té. —Kathleen se secó las ma-

nos con el delantal y se dirigió a la cocina económica—. ¿Te apetece una taza?

—Sí, muchas gracias, mamá. ¿Por qué no te sientas y descansas un poco? Yo serviré el té para las dos. —Grania guió a su madre hacia una silla, la retiró y la ayudó a sentarse con suavidad.

—Pero solo cinco minutos, ¿eh? Los muchachos llegarán a las seis y querrán tener la cena a punto.

Mientras Grania llenaba dos tazas de un té muy concentrado, arqueó las cejas en silencio pensando en cómo su madre había consagrado la vida a atender a su marido y a su hijo. En los diez años transcurridos desde que ella se marchara nada había cambiado; Kathleen siempre había consentido a sus hombres, siempre había dado prioridad a sus necesidades y deseos. Sin embargo, el contraste de la vida de su madre con la propia, en la que la emancipación y la igualdad entre los dos sexos eran lo habitual, incomodaba a Grania.

Aun así... a pesar de todo lo liberada que ella se sentía de lo que muchas mujeres modernas considerarían una tiranía masculina obsoleta, ¿cuál de las dos, madre o hija, vivía más feliz? Grania suspiró con tristeza mientras añadía leche al té de su madre. Sabía cuál era la respuesta a esa pregunta.

—Aquí tienes, mamá. ¿Te apetece una pasta? —Grania situó la lata frente a Kathleen y la abrió. Como siempre, estaba llena hasta los topes de bocaditos de nata, bizcochos de chocolate y galletas de mantequilla. Otra de las costumbres de su niñez, que seguro que sus coetáneas de Nueva York, siempre preocupadas por la figura, observarían con tanto horror como si se tratara de un artefacto nuclear.

Kathleen tomó dos.

—Coge una tú también, para hacerme compañía —dijo—. Ni que decir tiene que con lo que comes no sobreviviría ni un ratoncillo.

Grania hizo lo que su madre le pedía y mordisqueó una pasta mientras pensaba que los diez días transcurridos desde su vuelta a casa se los había pasado con la sensación de estar completamente saciada de alguna de las abundantes especialidades culinarias de su madre. Aun así, consideraba que llevaba una alimentación más sana que la mayoría de las mujeres de Nueva York que conocía.

Además, ella utilizaba el horno para lo que realmente servía, y no solo como un práctico rincón donde almacenar bandejas.

—El paseo habrá servido para que te despejes un poco, ¿no? —aventuró Kathleen mientras se lanzaba a por la tercera pasta—. Yo siempre salgo a dar un paseo cuando algún problema me trae de cabeza, y cuando vuelvo ya tengo la solución.

—Pues... —Grania dio un sorbo de té— he visto una cosa rara ahí fuera, mamá. Una niña de unos ocho o nueve años en camisón estaba en el borde mismo del acantilado. Tenía una melena pelirroja muy bonita, larga y rizada. Parecía sonámbula, porque cuando me he aproximado a ella se ha dado la vuelta y tenía la mirada... —buscó la palabra apropiada— vacía. Daba la impresión de que no me veía. Entonces se ha despertado y ha echado a correr por el camino del acantilado como un conejo asustado. ¿Sabes quién puede ser?

Grania observó que el rostro de su madre perdía el color.

—¿Te encuentras bien, mamá?

Kathleen se estremeció y pareció reaccionar. A continuación miró a su hija.

—¿Dices que la has visto hace unos minutos mientras paseabas?

—Sí.

—Virgen santísima. —Kathleen se santiguó—. Han vuelto.

—¿Que han vuelto? ¿Quiénes, mamá? —preguntó Grania, preocupada por lo afectada que parecía su madre.

—¿Por qué habrán venido? —Kathleen observó la oscuridad a través de la ventana—. ¿Qué querrán? Creía... Creía que por fin había terminado todo, que se habían marchado para siempre. —Kathleen aferró la mano de Grania—. ¿Estás segura de que has visto a una niña? ¿No era una adulta?

—Estoy convencida, mamá. Tal como te he dicho, debía de tener ocho o nueve años. Me preocupaba que pudiera pasarle algo malo; iba descalza y parecía estar helada. A decir verdad, hasta me he planteado si estaba viendo a un fantasma.

—Pues más o menos, Grania; eso es en efecto lo que has visto —masculló Kathleen—. Debe de hacer pocos días que andan por aquí. El viernes pasado tuve que cruzar la colina y pasé junto a la casa. Eran las diez de la noche y no se veía luz en ninguna ventana, o sea que no había nadie.

—¿De qué casa me hablas?

—De Dunworley.

—¿El caserón que está justo en la cima del acantilado, más arriba de nuestra granja? —preguntó Grania—. Lleva muchos años abandonado, ¿no?

—Es cierto que cuando tú eras pequeña no vivía nadie allí, pero... —Kathleen suspiró—. Regresaron después de que te mudaras a Nueva York. Y entonces, cuando lo del... accidente, volvieron a marcharse. Todos estábamos convencidos de que no los veríamos nunca más por aquí. Ni falta que hacía —añadió—. Esa familia y la nuestra están enfrentadas por una historia de hace muchos años. En fin. —Kathleen dio una palmada en la mesa y se dispuso a levantarse—. Lo pasado, pasado está. Te aconsejo que te mantengas alejada de esa gente, no hacen más que traernos problemas, te lo digo yo.

Grania observó a su madre dirigirse a la cocina económica. Estaba muy seria mientras sacaba de uno de los hornos la pesada cacerola de hierro fundido que contenía la cena.

—Si esa niña tiene madre, sería mejor que supiera que ha estado en peligro, ¿no te parece? —dijo, tanteando el terreno.

—No tiene madre. —Kathleen removi6 el estofado con la cuchara de madera a ritmo regular.

—¿Murió?

—Sí.

—Ah, ya... ¿Y quién cuida de la niña?

—No me preguntes cómo se las arreglan para organizarse en casa. —Kathleen se encogió de hombros—. No es asunto mío y no quiero saberlo.

Grania arrugó el frente. La actitud de su madre en nada se parecía a como solía reaccionar habitualmente. El gran corazón de una madraza como Kathleen sufría por cualquier criatura viviente en apuros. Era la primera persona a quien tanto la familia como los amigos acudían cuando tenían un problema y necesitaban ayuda. Sobre todo si había algún niño implicado.

—¿Cómo murió su madre?

La cuchara de madera cesó de dar vueltas en la cacerola y se hizo el silencio. Al final Kathleen exhaló un profundo suspiro y se volvió hacia su hija.

—Bueno, supongo que si no te lo cuento yo, pronto te enterarás por alguna otra persona. Se quitó la vida, eso es lo que pasó.

—¿Quieres decir que se suicidó?

—Exacto, Grania.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Se tiró de lo alto del acantilado hace cuatro años. Encontraron el cadáver al cabo de dos días, cuando la corriente lo arrastró hasta la playa de Inchydoney.

Esa vez fue Grania quien guardó silencio. Al final se decidió a formular una pregunta.

—¿Desde dónde se tiró?

—Por lo que deduzco, probablemente desde donde hoy has visto a su hija. Me parece que Aurora estaba buscando a su madre.

—¿Sabes su nombre?

—Pues claro; no es ningún secreto. La familia Lisle era propietaria de todo Dunworley, incluida esta casa. Muchos años atrás, eran los amos y señores de toda la zona. En los años sesenta vendieron las tierras, pero conservaron la casa de lo alto del acantilado.

—He visto ese nombre en alguna parte. Lisle...

—En la iglesia del pueblo hay muchas tumbas de la familia. Una es la de la madre de Aurora.

—¿Habías visto alguna vez a esa pequeña paseándose por el acantilado?

—Fue por eso por lo que su padre decidió llevársela de aquí. Cuando su madre murió, la pobre niña no hacía más que pasearse por el acantilado llamándola. Diría que el dolor la volvió medio loca.

Por la expresión de su madre, Grania observó que se había serenado un poco.

—Pobrecilla —musitó.

—Sí, la estampa era lamentable, y la niña no se merecía para nada una cosa así. Pero esa familia arrastra una especie de maldición. Hazme caso, Grania, no te mezcles con ellos.

—¿Por qué habrán vuelto? —musitó Grania casi para sí.

—A los Lisle no hay quien los entienda. Ni lo sé ni me interesa. Bueno, ¿qué te parece si haces algo de provecho y me ayudas a poner la mesa para la cena?

Grania subió a su dormitorio nada más dar las diez, tal como hacía todas las noches desde que había vuelto a casa de sus padres. En la planta baja, su madre andaba ocupada por la cocina poniendo la mesa para el desayuno mientras su padre dormitaba en una silla frente al televisor y su hermano Shane se encontraba en el pub del pueblo. Entre los dos hombres dirigían la granja de doscientas hectáreas, destinada sobre todo a la ganadería lechera y lanar. A sus veintinueve años, el «chico», nombre con el que seguían llamando cariñosamente a Shane, no parecía tener ninguna intención de formar su propio hogar. Ahora salía con una mujer, ahora con otra, pero rara vez llegaban a cruzar el umbral de la granja de sus padres. A Kathleen le sorprendía que su hijo siguiera soltero, pero Grania sabía que en el fondo se sentiría perdida sin él.

Se coló entre las sábanas y escuchó la lluvia que tamborileaba en el cristal de la ventana mientras pensaba que ojalá la pobre Aurora Lisle se encontrara a cobijo, calentita y segura. Cogió un libro y empezó a hojearlo, pero no hacía más que bostezar, incapaz de concentrarse. Tal vez fuera cosa del clima más fresco de Irlanda, que le provocara somnolencia; en Nueva York no solía acostarse antes de medianoche.

Al contrario que Aurora, Grania apenas recordaba una noche de su infancia en que su madre se hubiera ausentado. Y si alguna vez la misericordia la había obligado a pernoctar fuera de casa para cuidar de un paciente enfermo, lo había dejado todo organizado con una precisión castrense para que la familia no pasara hambre ni se encontrara la ropa sin lavar. En cuanto a su padre, Grania dudaba que hubiera dormido una sola noche en una cama que no fuera la suya durante los treinta y cuatro años que llevaba casado. Absolutamente todas las mañanas se levantaba a las cinco y media y se marchaba al cobertizo para ordeñar las vacas, y siempre regresaba a casa al anochecer. Marido y mujer sabían en todo momento dónde se encontraba el otro. Sus vidas eran como una sola; dos seres unidos e inseparables.

Y la sustancia que los mantenía unidos eran sus hijos.

Cuando ocho años atrás Matt y ella se fueron a vivir juntos, dieron por sentado que algún día tendrían hijos. Y, como cual-

quier pareja moderna, esperando el momento oportuno se habían dedicado de lleno a acumular experiencias y a impulsar sus respectivas carreras, y habían vivido rápida e intensamente mientras podían.

Entonces, una mañana Grania se despertó y, como todos los días, se enfundó los pantalones de deporte y la sudadera con capucha y salió a hacer footing. Bordeó el río Hudson hasta Battery Park y se detuvo en Winter Gardens para deleitarse con un café con leche y un donut. Allí fue donde ocurrió; mientras tomaba el café a pequeños sorbos echó un vistazo al cochecito de bebé situado junto a la mesa contigua. Dentro había un niño recién nacido durmiendo profundamente. A Grania la invadió una necesidad repentina y acuciante de tomar al bebé en brazos y arrimar la suave y sedosa cabecita contra su pecho con afán protector. Cuando la madre le sonrió con nerviosismo y luego se puso en pie y apartó el cochecito para evitar su indeseada atención, Grania volvió a casa con la respiración entrecortada a causa de la emoción que la agitaba por dentro.

Al principio creía que se trataba de algo momentáneo y pasó el día inmersa en su estudio, dedicándose a modelar la blanda arcilla marrón para dar forma a la última obra que le habían encargado. Sin embargo, el sentimiento no disminuyó.

A las seis, salió del estudio, se dio una ducha y se puso ropa apropiada para la inauguración de una galería de arte a la que iba a asistir esa noche. Se sirvió una copa de vino y se dirigió a la ventana desde donde se veían brillar las luces de New Jersey al otro lado del río Hudson.

—Quiero tener un bebé.

Grania dio un gran sorbo de vino, y soltó una risita ante las absurdas palabras que acababa de pronunciar. Por eso volvió a decirlas, para asegurarse de que le sonaban bien.

Y así fue. No solo le sonaban bien, sino que le parecían de lo más naturales, como si toda la vida hubiera tenido esa idea en la cabeza y, de repente, los motivos para ignorarla se hubieran desvanecido y le parecieran ridículos.

Grania fue a la inauguración de la galería, charló con el habitual círculo de artistas, coleccionistas y aficionados a romper moldes que solían asistir a esos eventos. Sin embargo, en su fuero in-

terno no paraba de dar vueltas a las cuestiones prácticas de la decisión que había tomado hacía un rato y que iba a cambiarle la vida. ¿Tendrían que trasladarse? No, probablemente de momento no; el loft que ocupaban en TriBeCa era bastante espacioso y no costaría mucho transformar el estudio de Matt en una habitación infantil. De todos modos, lo usaba muy poco porque prefería llevarse el ordenador portátil a la sala de estar y trabajar allí. Vivían en un cuarto piso, pero el montacargas era lo bastante grande para alojar un cochecito de bebé. En Battery Park, que disponía de una zona de juegos bien equipada y donde se respiraba el aire fresco del río, resultaba fácil moverse a pie. Grania trabajaba en una habitación en casa, así que, aunque tuvieran que contratar a una niñera, en cuestión de segundos podía plantarse junto al bebé si era necesario.

Trepó a la enorme cama ocupada solo por ella y suspiró irritada pensando que tendría que guardarse los planes y la emoción para sí un poco más de tiempo. Matt se había marchado de viaje la semana anterior y aún tardaría un par de días en regresar a casa. Y esas cosas no se decían por teléfono. Al final se quedó dormida de madrugada, imaginando la mirada llena de orgullo de Matt cuando le pusiera en los brazos a su hijo recién nacido.

Por fin regresó del viaje, y se mostró tan emocionado como ella con la idea. Se habían puesto manos a la obra de forma inmediata y muy placentera para hacer realidad sus planes; a ambos les entusiasmaba tener un proyecto secreto común que los uniría y fortalecería su relación, tal como les había sucedido a los padres de Grania. Era la pieza que faltaba a su rompecabezas y que los fundiría de una vez por todas en una unidad homogénea y mutuamente dependiente. En definitiva, en una familia.

Grania yacía tendida en la estrecha cama de su niñez, escuchando el viento aullar con furia alrededor de los sólidos muros de piedra de la granja. Estiró el brazo para coger un pañuelo de papel y se sonó la nariz con fuerza.

De aquello hacía un año. Y la cruda realidad era que el «proyecto común» no los había unido sino que había destruido la relación.